

Históricas Digital

Ernesto de la Torre Villar

“Advertencia al tomo primero”

p. 95-116

José Fernando Ramírez

Obras históricas

Tomo I. Época prehispánica

Ernesto de la Torre Villar

(edición y advertencia al tomo primero)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Humanidades

Instituto de Investigaciones Históricas

2001

414 p.

(Nueva Biblioteca Mexicana, 136)

ISBN 968-36-7805-X (Obra completa)

ISBN 968-36-6952-2 (Tomo I: edición rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_historicas/ramirez01.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ADVERTENCIA AL TOMO PRIMERO

El siglo XIX mexicano fue siglo de hondas crisis sociales, políticas y culturales. Siglo de amplio y recio dinamismo, en él se perfiló de manera más acusada la identidad nacional al romper definitivamente con la sujeción a la metrópoli. Este hecho sirvió como signo y confirmación de la mayoría de edad que la sociedad mexicana y el país habían adquirido. Hubo que ensayar, probar y luchar por la forma de gobierno que cada sector de la comunidad anhelaba implantar a la nación; y cada grupo de acuerdo con su propia configuración proponía fórmulas que resultaban encontradas, irreductibles y muchas veces inapropiadas. La sociedad ensayaba el traje que debía portar y las medidas no correspondían a la realidad.

Empujada por la tradición se ensaya el sistema monárquico que parecía una fácil sucesión. El temor al absolutismo cuyos excesos se habían probado en numerosas ocasiones —recuérdese al marqués de Croix— impone a la monarquía una norma fundamental que lo controlara, una constitución, cuyo valimiento estaba de moda. Poco duró este primer ensayo motivado y apoyado por reducido núcleo social. El resto aspiró hacia un nuevo modelo que se le ofrecía desde el exterior y así surgió la república. Ésta osciló entre un control central del gobierno, herencia también del pasado, y una distribución racional, apoyada en modelos exteriores, principalmente norteamericanos, del poder. Después de frecuentes fracasos que introdujeron la anarquía, la ingobernabilidad y con ello la dolorosa pérdida de más de la mitad del territorio, volveríase, como último extremo a una monarquía apoyada por una fuerza exterior. Después de ésta, otra vez trágico experimento, se volvería al sistema republicano, controlado férreamente por el centro, que es el sistema en el que aún vivimos.

El aspecto más trascendente de este siglo es el social. Surgida nuestra nación de una sociedad múltiple, fragmentada y muy diversa, esta fragmentación y diversidad se mostró con toda claridad al obtenerse la autonomía política. Piramidalmente dispuesta, el elemento indígena constituía la base que representaba algo más que un treinta por ciento. Un estado general de pobreza, incultura y atraso pesaba sobre ella. Surgido de la unión diversa de razas y viviendo en muy variados estratos de miseria e ignorancia, el mestizaje social, muy fuertemente situado en la zona central representaba más del cincuenta

por ciento de la población. Este mestizaje había logrado a través de diferentes grupos colocarse en escalones sociales y económicos respetables y día tras día se tornaba más potente, intervenía en los medios culturales y económicos y aspiraba a intervenir tajantemente en la vida pública.

Un veinte por ciento de la población era criolla, y era unida a escaso número de peninsulares, el grupo conductor del país. En esa clase cultivada, en la que había numerosos mestizos, se manejaba la riqueza pública que ya se disputaba con los núcleos metropolitanos apoyados principalmente en el comercio. Abundantes familias criollas detentaban la industria, principalmente la minería y también la agricultura y ansiaban el control político que les negaban funcionarios peninsulares, asociados con los representantes de sus intereses, comerciantes monopolistas y también representantes de intereses provinciales fuertemente anclados en la sociedad novohispana.

Los movimientos de masas sociales que la guerra insurgente desató, alarmaron a los dirigentes de la sociedad. Sus promotores cuidaron que no se produjeran excesos. La consumación de la independencia, inteligentemente conducida por criollos y mestizos y apoyada por peninsulares que pensaron que era benéfica, detuvo el arrastre de los grupos indígenas, pero no el anhelo de movilidad social que el pueblo tenía. La rápida caída del imperio de Iturbide, exaltó al mestizaje, debilitó al núcleo peninsular y al criollo aristocrático y la presencia de las logias masónicas, fortaleció el ansia de movilidad social. Su actividad se fundió con un cambio generacional muy importante que transformó a la sociedad mexicana. Los mestizos accedieron al poder, junto con las jóvenes generaciones que tenían ideales sentimentales e intereses diversos de sus antecesores. El mestizo significó el cambio de interés histórico. En él confluían los dos orígenes, las dos sangres, las raíces que formaban la identidad real del mexicano. Cualquiera que se atreviera a preguntarse sobre su origen tendría que atender a profundas, exuberantes, pero diversas raíces.

Culturalmente con la emancipación se encontraba, ya sin titubeos el principio de identidad que habían descubierto en los albores de la Ilustración, las mentes lúcidas y privilegiadas de Carlos de Sigüenza y Góngora, de Juan José de Eguiara y Eguren, de Francisco Javier Clavijero. En ese momento se aclaraban las ideas que la comprensión racional de aquellos hombres había tenido, se tornaban vivas, actuales y servían para constituir una patria.

Surgida una nación, conseguida una patria, resultaba necesario conocer su historia, entender sus orígenes, comprenderla en su totalidad. Los sabios anteriores la habían concebido integralmente, privilegiando al pasado indiano que había sido desconocido por estimar el poder y la fuerza del ayer inmediato. Sigüenza, Eguiara y Clavijero vislumbraron la grandeza de las raíces indianas pero estimaron el valor de la herencia hispana. Ante la ruptura con la

metrópoli y como lógica secuencia, había que revalorar lo que había estado oculto pero que también era nuestro.

Hombre de muchas proyecciones, fervoroso nacionalista y patriota insigne fue Carlos María de Bustamante. Para él el pasado prehispánico requería comprensión y conocimiento, era indispensable ahondar en él para comprendernos, para afianzar nuestro presente. Él sería el primero en entender la urgencia de entrar en él, de cultivarlo, de darlo a conocer. Bustamante no partía de la nada. En él resonaban los ecos del esfuerzo de León y Gama y del padre Márquez para valorar el pasado indígena, por hacer resaltar las viejas culturas. Por otra parte, los razonamientos del barón de Humboldt en torno de las civilizaciones prehispánicas cobraban un peso excepcional que más tarde acrecentarían los estudios, académicos y fantasiosos de viajeros europeos. Bustamante quien fue uno de los primeros en conocer y estimar la monumental obra de fray Bernardino de Sahagún, el más sabio de los estudiosos del pasado indígena y que fuera su primer gran promotor, encontró en Sahagún el apoyo más certero para penetrar en el conocimiento y valoración de la cultura indígena y a él se debe el interés que despertó en el nuevo país, por adentrarse en el estudio de la historia prehispánica, como base indispensable para fijar nuestra identidad.

Al igual que lo habían hecho Eguíara y Sigüenza, no faltaron en ese anhelo de descubrir nuestro pasado global, quienes pensaran que era menester comprender también el proceso institucional, cultural y político que bajo el sistema colonial habíamos tenido. Estaba bien redescubrir y valorar las raíces indianas, pero había que ver con nuevas visiones lo que la metrópoli nos había otorgado. Tal fue el dilema que a los ojos y mentes de los historiadores mexicanos, planteó el siglo XIX. Había que hacer una historia que sin desconocer ninguna aportación nos pudiera identificar. Había que rastrear el doble origen de México, la herencia común que no podíamos desestimar y a la que no podíamos renunciar. Tal era la misión y destino que los historiadores de México recibían al recibir una patria. Tendrían estos hombres de estudio que explicar a los mexicanos cuál había sido nuestro pasado, y también, mostrarles muchas veces, cuál podría ser nuestro futuro.

Dentro de esa coyuntura, aun cuando algunos años más tarde, va a surgir a la actividad histórica José Fernando Ramírez. El interés político que auspició el estudio de la historia prehispánica, va a verse apoyado por la aparición de señeras instituciones que se convertirán en catalizadoras de múltiples intereses históricos.

El año de 1823 se crea a iniciativa de Lucas Alamán el Archivo General de la Nación y sus ricos fondos atraerán rápidamente a legiones de estudiosos que se engolosinan con los tesoros que ahí se custodian. En 1831 se inaugura el Museo Nacional a donde se llevan piezas arqueológicas halladas durante las administraciones de los virreyes Bucareli y Revillagigedo, piezas que despier-

tan el entusiasmo de propios y ajenos. La Junta de Antigüedades a la que pertenecieron personajes interesados en el pasado mexicano, como don Isidro Ignacio de Icaza y don Isidro Gondra, que serían el primero y el tercero directores del Museo Nacional, harían publicar en las prensas de Linati y en litografía varias estampas que representan las *Antigüedades mexicanas* existentes en el museo, grabadas por Waldeck e impresas por Pedro Robert en 1827. Todos esos trabajos iniciales serían la piedra angular que sostendría el interés por la historia precortesiana. Hacia esos años José Fernando, muy joven aún, realizaría en Durango y Zacatecas su formación jurídica y al parejo su formación en la historia clásica y universal.

Resulta interesante señalar que ya por entonces José Fernando se interesaba en la historia antigua, en las antigüedades indígenas, en los hallazgos arqueológicos que hicieran luz en el pasado. Ese interés lo revela una carta dirigida desde Durango el 15 de junio de 1839 a don Carlos María de Bustamante, en la que le señala que en el estado de Coahuila, “en las inmediaciones del Bolsón de Mapimí, en una montaña cercana a la sierra Mojada, en el interior de una caverna, se encontró un cementerio indígena con más de mil cadáveres envueltos en tilmas”. Para confirmación de ese hallazgo, le envía varios objetos de los ahí hallados, para su reconocimiento. Esta noticia que se encuentra en su correspondencia en el Archivo Histórico del Museo Nacional, recuerda el hallazgo de la cueva de la Candelaria que estudiara en pasados días don Pablo Martínez del Río.¹

Sería hasta los años cuarenta, cuando Ramírez viene a la ciudad de México como representante de su estado; y al lado de la política, le atraerían las colecciones arqueológicas y los innumerables documentos del Archivo General. Atrapado por el pretérito indígena comienza a estudiar los monolitos, a conocer y describir códices, a estudiar enorme documentación tanto relativa a las culturas indígenas como a la administración virreinal. Tal vez se inicia en esos años en el estudio de la lingüística, pieza clave para desentrañar el significado de vasta documentación. Sería la década de 1840 a 1850 en la que descubre y se adentra en la historia total del país, en la que percibe la vastedad de aspectos culturales que esa historia presentaba. Estudia, intuye, raciocina y dotado de recia lógica obtenida durante sus estudios filosóficos y jurídicos encuadra ese inmenso saber. No se vuelca imprudentemente y sin juicio a la vasta tarea que se le presenta. Lector voraz, bien pertrechado de instrumentos de saber, no se cierra con criterios locales, provinciales, sino que su deseo de

¹ Este trabajo es *La comarca lagunera a fines del siglo XVI según las fuentes escritas*, México, UNAM, Instituto de Historia, 1954, 124 p., ils. Más concretamente tenemos: Avelayra Arroyo de Anda, Manuel Maldonado Koerdell y Pablo Martínez del Río, con la colaboración de Ignacio Bernal y Federico Elizondo Saucedo, *Cueva de la Candelaria*, México, SEP, 1956 (Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, V). Descripción detallada de ese hallazgo la ofrecemos en el tomo V: *Poliantea*.

saber es universal. Recurre a los sistemas comparativos tan en boga en esos años y trata de situar el desarrollo de nuestras culturas, el parejo del que se da con las culturas clásicas europeas y las orientales. La vastedad de obras referentes a la cultura egipcia y su historia, tan trabajada por esos años postnapoleónicos, atraen su interés por su lógica, por su congruencia y tratará de aplicar métodos similares para el conocimiento y valoración de las antigüedades mexicanas. Notable rigor metodológico aplicará para la descifración y conocimiento de la cronología indiana, para la estimación de estilos, para la valoración y tratamiento de las antigüedades, que adquirirían ese carácter distintivo, y dejaban de ser antiguallas como anteriormente les llamaran.

La lectura apasionada de añosos documentos, de viejas crónicas, el hallazgo en las estanterías conventuales y de amigos anticuarios, de preciosos testimonios relativos tanto a la historia indiana como a la colonial, ensancharían poco a poco su saber que tornábase cada día más insaciable y totalizador. Por otra parte, la década mencionada era década de intensa aceleración y de cambios fundamentales. Los años anteriores la nación había sido víctima de agresiones exteriores. Barradas como instrumento de la política imperial de España, trataba de recuperar el país. Francia mostraba con el bombardeo de San Juan de Ulúa, el tono de voz con el que amedrentaba y trataba de ser oída por los países recién emancipados. La guerra de Texas revelaba el imperialismo amenazador de los norteamericanos y su deseo de intervención y sujeción. Todo esto era también historia y Ramírez dotado de enorme sensibilidad política e histórica, advertía esos intereses, esos riesgos que hacían peligrar al país y anotaba paciente y constantemente en inmensos borradores, cuanto su sensibilidad le indicaba. Escribía la historia del presente con la que trataría de intuir la del futuro, la del día siguiente. Las mil y mil premoniciones, significaciones que su espíritu altamente sensible y reflexivo sentía a su alrededor, dábanle motivo para apuntar razonamientos, reflexiones sobre el pasado, el presente y los días por venir. Se ocupaba en anotar todo, sintética y brevemente, de apuntar cuanto sentía de interés, cuanto lo inquietaba. Reunía así un rico material que trataría de convertir en relato histórico, bien entrelazado, racional y verídico. Tiempo le faltó para engarzar sabiamente esos apuntamientos. Sus intereses históricos le desbordaron, sobrepasó sus fuerzas el tiempo con que contaba. Desde esos años advertimos cómo los intereses que le dispersaban se oponían a una labor metódica, racional, paciente. La acumulación que hizo de saberes, de intereses, muchas veces encontrados, le impediría una labor recia, permanente, concentrada en soberbios trabajos.

Por esos años llegaron a sus manos, pues tenía medios para ello, las obras de Prescott que pronto y eficazmente comentaría; las ricas ediciones de *lord Kingsborough*, cuyos ejemplares alabaría sin medida; las recopilaciones de *Ternaux Compans* y muchos más que muestran su saber insaciable, su anhelo de conocimiento. Ramírez estudiaba con denuedo, febrilmente, y de esa

vasta literatura europea atrapaba ideas, métodos, posibilidades de investigación que aplicaría a su propia historia.

Por otra parte, siguiendo en esto a su amigo García Icazbalceta, entablaría relaciones con eruditos franceses y españoles, con libreros inteligentes, no meros mercaderes de libros como hay tantos. La correspondencia amistosa que entabla con profesionales de la historia, con los especialistas más importantes en la historia americana le serviría de apoyo.

Cuando hacia 1855 aprovecha el exilio para visitar Europa, acudirá a los museos, visitará las academias y en las mejores librerías adquirirá preciosos libros y documentos que ensanchan su conocimiento.

La amistad que tuvo con Joaquín García Icazbalceta acrecentaría su saber en la historia colonial, que su amigo mucho apreció invitándole a colaborar con él en magna empresa editorial, sin embargo no logró concentrarse como aquél en una sola época, no se especializó en temas afines. Su espíritu no aceptaba limitación alguna. No quiso penetrar con hondura como sí lo hizo don Joaquín, en un sólo periodo, en un solo lote del saber histórico, sino que en él había un deseo de totalidad, el cual lo dispersó. Comió de todos los frutos y de esa ansiedad insaciable brotaron magníficas obras, intuiciones, ideas. Estamos seguros que de haberse señalado límites, hubiera llevado a término trabajos excepcionales. Ello no fue defecto, sino una virtud no controlada.

En ese periodo va mostrando sus ya variados intereses y muy ameritados estudios irán apareciendo. Ya en esos años iniciales de labor histórica aparecerán estudios representativos de sus muy diversas preferencias. Sorprende que en tan poco tiempo haya llegado a percibir la importancia y vastedad de la historia prehispánica y que haya podido entrar con pie derecho en algunos temas que no son fáciles de desentrañar.

Para armar esta sección hemos escogido grupos importantes de estudios. No son todos los que hizo. Ciertos estamos que trabajó en muchos más que se nos escapan, mas los que recogemos dan cuenta de su valor selectivo, de la inteligencia reflexiva con que los abordó; de sus conocimientos vastos y sorprendentes. Vayamos pues presentando los más salientes.

En este apartado la selección y presentación la hacemos en globo significando ciertamente la importancia de cada uno de sus estudios, pero no presentándolos individual y separadamente, como sí lo hacemos con el material referente a otros periodos.

El arreglo y colocación de este material, que como asentamos anteriormente no es exhaustivo, sino tan sólo parte del que elaboró José Fernando Ramírez, lo hemos realizado parcelándolo en los grupos enlistados más abajo; y presentándolo cronológicamente con el fin de que pueda mostrar tanto los intereses o temas en que se ocupaba, como el momento en que contando con determinados conocimientos abordaba los asuntos o aspectos. Esto nos

permite fijar la dinámica de sus investigaciones, la preparación que para ese tema tenía, las razones de su selección y la certitud en su realización.

Los grupos en los que los hemos dividido son:

- a) estudios críticos y visiones generales
- b) estudios arqueológicos
- c) estudios cronológicos
- d) descripciones de códices
- e) estudios históricos
- f) estudios lingüísticos

Dentro de esos grupos hemos acomodado los más importantes, no todos los realizados, sino aquellos que hemos podido reunir.

Los estudios biográficos, de señores o gobernantes, caudillos, dirigentes religiosos o culturales y también toponímicos, los reservamos para un volumen posterior dedicado al estudio y análisis de la obra bibliográfica y biográfica de José Fernando Ramírez que constituye un apartado singular en su producción.

Empecemos pues por breves introducciones, mejor dicho presentaciones de este material.)

ESTUDIOS CRÍTICOS Y VISIONES GENERALES

“Carta a don Isidro Gondra, director del Museo de Arqueología”, escrita en Durango el 1° de enero de 1850. La amplia carta escrita al director del museo, el doctor en teología don Isidro Gondra, sólido conocedor de la historia y la arqueología mexicana, es una larga misiva reveladora del conocimiento que Ramírez tenía de la producción histórica sobre México que se hacía en el extranjero y de la que estaba al tanto, pero principalmente del saber que poseía sobre la historiografía histórica del pasado indígena y colonial. Si a primera vista parece como la descripción de la excepcional obra de *lord Kingsborough Antiquities of Mexico* y el cotejo que hace entre el ejemplar del museo y el propio de José Fernando, cotejo sobrio y afortunado, el interés principal radica en despertar la atención en fuentes primordiales de la historia mexicana que se hallan en los repositorios europeos y que eran indispensables para la elaboración de nuestra historia; despertar el interés y la necesidad de estudiarlas y editarlas en México, limpiamente, con espíritu crítico. Acerca de fuentes importantísimas como eran las de Sahagún, Motolinía, Torquemada, etcétera, hace disquisiciones bibliográficas certeras, apoyado en obras como las de Nicolás Antonio, León Pinelo y Beristáin y subraya la necesidad de elaborar adiciones y rectificaciones a la *Biblioteca hispanoamericana* de Beristáin y Souza. Opina que las bibliografías o biblio-

tecas, “son el registro de la civilización nacional y la díptica de sus literatos. Allí consignan los pueblos los títulos de su gloria y de su respetabilidad para con los extranjeros, y allí buscan los nacionales el hilo que debe guiarlos en el laberinto de sus investigaciones literarias”.

La proposición que hace a Gondra de publicar en el *Boletín de Geografía y Estadística* las ediciones y correcciones de Beristáin, muestra ya su temprano deseo de hacer más útil la *Biblioteca* de Beristáin, deseo que inició en esos años y que proseguirá incansablemente aún la víspera de su muerte en Bonn.

La carta nos refiere también que Ramírez estaba ya interesado y trabajaba en el campo del desciframiento jeroglífico, y que la revisión de la obra de Kingsborough, monumento que él mismo se labró y labró a su patria, le había permitido nuevas percepciones en ese trabajo.

Señala a Gondra cuál es su amplio plan de trabajo el que debe comprender la edición crítica y estudio de las obras de Sahagún, Motolinía, Gomara, Herrera, Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, Zurita y Acosta. Explica a su amigo cómo la política y ocupaciones similares le han robado tiempo y él se ha visto obligado a aislarse para realizar un trabajo más efectivo. Esta correspondencia surgida en 1850, es reveladora de cómo hacia esos años Ramírez poseía una visión totalizadora y grandiosa de la historia mexicana.

Esta carta fue publicada en los *Anales del Museo Nacional de México*, segunda época, tomo II, núms. 11 y 12, impresos en la Imprenta del Museo en 1905 y al cuidado de Luis González Obregón, gran admirador de Ramírez.

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

En este segundo grupo presentamos la descripción de las *Antigüedades mexicanas conservadas en el Museo Nacional de México*, aparecida en el libro de tamaño mayor: *México y sus alrededores*, colección de monumentos, trajes y paisajes, dibujados al natural y litografiados por los artistas mexicanos C. Castro, I. Campillo, L. Kuda y C. Rodríguez, bajo la dirección de Decaen (los mejores grabadores de esos años), y que contenía artículos de Marcos Arroniz, José María Roa Bárcena, José T. de Cuellar, Francisco González Bocanegra, J. M. González, Luis G. Ortiz, Manuel Payno, Anselmo de la Portilla, Vicente Segura Argüelles, Francisco Zarco y Niceto de Zamacois, esto es la pléyade de los intelectuales del momento. El libro estaba impreso en el Establecimiento Litográfico de Decaen, editor, Portal del Coliseo Viejo, México, 1855 y 1856.

Importa este artículo aunque como dice Ramírez: “es una página muy pequeña y casi meramente descriptiva” frente a la inmensidad de objetos que quedan, pues el “terreno de la antigüedad mexicana aún permanece virgen”. En efecto, después de los estudios de León y Gama sobre los grandes monolitos

encontrados en la plaza mayor de México, poco se había trabajado en ese campo. Ramírez desbrozaba de nuevo el terreno y se atrevía a hacer una descripción de numerosas piezas que consideró de las más estimables. En este primer acercamiento a la arqueología mexicana, se observa la inquietud muy de la época y que afectó también a Ramírez de establecer a base del conocimiento de piezas de arqueología china y egipcia, y de los catálogos de los grandes museos de Europa, el Louvre, el British Museum y otros, comparaciones que a menudo parecen forzadas. Fuera de este fenómeno metodológico, resulta importante advertir cómo Ramírez utilizaba su saber apoyado en códices y libros como el de Kingsborough, los de Humboldt, Baradere, St. Priest y otros más. Sin otras bases y antes de que se iniciaran en México auténticas exploraciones arqueológicas, este trabajo de José Fernando escrito *ex profeso* para esa publicación cuando era conservador del museo hacia 1854, resulta como un inicio del trabajo arqueológico realizado en México en la primera mitad del siglo XIX, cuando el estudio de su pasado apenas comenzaba a realizarse sistemáticamente.

ESTUDIOS CRONOLÓGICOS

El tercer grupo de estudios, de índole cronológica, revela la preocupación de Ramírez para establecer congruentemente y con exactitud la cronología de la historia antigua de México, problema que perturbó los estudios realizados durante más de un siglo. No fue sino hasta mediados de esta centuria que fenece, que la inteligencia, sapiencia y constancia de Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirckchoff y Alfonso Caso, penetró en la dinámica calendárica de los pueblos antiguos, así pudo avanzarse en ese terreno que mucho desveló a nuestros historiadores.

Ramírez quien manejó numerosas fuentes históricas procedentes de diversas culturas, se encontró frente al problema cronológico y calendárico y trató de darle una solución. Apoyado en el análisis de diversos códices, crónicas y manuscritos y en estudios anteriores hizo indagaciones y deducciones importantes.

Los trabajos de esta especie más salientes que ofrecemos son la *Cronología de Boturini*, fechado en 1867, el que consagró a la *Cronología de fray Bernardino de Sabagún*, suscrito hacia 1860 y el estudio del *Calendario matlalzinca* de 1852. Este engarce muestra cómo, al enfrentarse con diversos modos de computar el tiempo, encontraba desajustes en las narraciones históricas, por lo que tuvo que pensar como muchos de sus postreros en hallar una unidad calendárica o un método de engarzar las diferencias calendáricas que se mostraban en las fuentes. En estos trabajos se advierte su ansiedad por hallar una concordancia que permitiera la comprensión y utilización plena de las obras históricas.

El primero en el tiempo se refiere a un raro documento escrito en lengua matlaltzinca que perteneció a don Lorenzo Boturini, que se dispersó como muchos otros de sus papeles y que al fin fue a parar al Museo Nacional. De él dice Ramírez que es “un antiguo calendario indígena construido bajo el mismo sistema que los mexicanos empleaban para hacer la distribución del año solar y desfigurado posteriormente por la europea”. Su disposición es difícil; procede del pueblo matlaltzinca y hace cotejos con otros calendarios posteriores conocidos. Fue publicado en los *Anales del Museo*, 2ª época, tomo II.

En segundo lugar ofrecemos los *Apuntes para la cronología de Sahagún*, que fueron apuntes de trabajo para entender el cómputo del tiempo, los cuales pararon en manos de Alfredo Chavero quien los publicó en los *Anales del Museo Nacional de México*, tomo VII, de 1903. En ellos se advierte el minucioso examen de la obra sahuaguntina que hizo Ramírez.

En tercer término, insertamos la *Cronología de Boturini* reveladora igualmente del estudio minucioso que emprendió José Fernando Ramírez de diversos estudios de don Lorenzo Boturini, necesarios para comprender su amplia visión histórica. Habiendo dejado estos apuntes sin publicar, los imprimió Alfredo Chavero en los *Anales del Museo Nacional*, tomo VII. Ramírez fecha la conclusión de este trabajo en Madrid el 28 de junio de 1867, esto es cuando estaba en el destierro. Por lo que sabemos, el estudio de la documentación de Boturini y el análisis de sus obras ocupó varios años a Ramírez, por lo que es de pensar que esos minuciosos apuntes sólo los terminó al final de su vida.

DESCRIPCIONES DE CÓDICES

Al cuarto lugar adscribimos las descripciones que de varios códices hizo Ramírez. Hacia la mitad del siglo, el Museo Nacional ya contaba con algunos. La labor recopiladora apenas se había iniciado, pero andaban dispersos muchos de ellos. Los más importantes habían salido del país y copias de algunos de ellos se conocían a través de los esfuerzos de Kingsborough y de los estudios de Prescott, no siempre bien afortunados. Los historiadores mexicanos iniciaban sus trabajos descriptivos, siguiendo en parte los lineamientos de Boturini, Echeverría y Veytia y Sigüenza, mas un trabajo sistemático aún no se iniciaba. Las noticias de los que se encontraban en el exterior, en los archivos y bibliotecas del Vaticano, de la Biblioteca Nacional de París o del Palais Bourbon, del Museo Británico, de las bibliotecas de España e Italia, despertaban la curiosidad de los sabios mexicanos.

El viaje forzado que hizo Ramírez debido al exilio santanista le permitió visitar en Europa archivos y bibliotecas que le abrieron amplios horizontes, pues revisó y estudió ricas colecciones de manuscritos, entre otros los de Sahagún y Durán, y examinar con atención los códices de las colecciones

Aubin, Bovan, Goupil; los que poseía el Museo Británico y otros más que describiría con inteligente minucia. La buena acogida hallada entre los conservadores de esas “antigüedades” le facilitó conocimiento, manejo y aun obtención de copias fidedignas. Su visita a Europa confirmó intuiciones y conocimientos y fortaleció en él la idea de reunir un día vastas colecciones que le permitieran entrar segura y firmemente en el conocimiento pleno de la historia prehispánica.

Si mucho vio y estudió Ramírez en ese primer viaje al Viejo Mundo, su idea no cristalizó, tanto porque el país se debatió en esos años en cruentas revueltas, cuanto porque él tuvo que intervenir en luchas que agobiaron a los estudiosos y les impidieron reflexión y trabajo. Tendría que ser hasta finales del siglo cuando otro sabio con ideales tan ambiciosos como Ramírez, emprendiera la ímproba tarea de localizar y hacer copiar la documentación histórica necesaria para estudiar nuestro pasado. Francisco del Paso y Troncoso aceptó la fatigosa y necesaria tarea: localizó en Italia material sobre Sahagún que no conoció Ramírez, escudriñó bibliotecas y archivos, hizo copiar por cuenta del Estado preciosa documentación, mucha de la cual corrió con igual suerte que la de José Fernando. No pudo utilizarla para escribir la obra magna que de él se esperaba. Su muerte repentina en Europa hizo que sus documentos y copias se dispersaran. Varias han sido publicadas, mas no por él. Otras aún yacen en el Archivo Histórico del Museo Nacional, al igual que las del duranguense.

En esta sección ofrecemos algunos trabajos relacionados con los códices hechos por nuestro historiador. Ellos son: el *Códice Boturini*, la *Tira de la peregrinación*, el *Telleriano Remensis*, el *Códice vaticano*, y el *Códice peresiano*.

Los estudios descriptivos de esos códices quedaron entre los papeles recogidos a su muerte y depositados en el Museo Nacional. En años recientes un editor descuidado y poco serio se dio a la tarea de exhumar esos estudios e imprimirlos incorrectamente. Así Vargas Rea con tiraje limitado en una serie que denominó Biblioteca Aportación Histórica o Biblioteca de Historiadores Mexicanos, editó sin explicación ninguna lo que llamó *Códice Boturini*, que es la simple descripción de esa pieza, impresión hecha en 1952. Ya anteriormente, en 1945, había publicado la descripción que hace Ramírez de la *Peregrinación mexicana* que contiene texto semejante, pero más amplio que el del *Códice Boturini*. En igual forma imprimió los pequeños apuntes comparativos entre los códices *telleriano* y *vaticano*. Estas tres piezas no contienen explicación ninguna de Ramírez ni del editor.

Ramírez, con anterioridad, se había ocupado de estudiar el jeroglífico de la *Peregrinación* que había pertenecido a don Carlos de Sigüenza y que paró en el Museo Nacional. Esa pieza había sido reproducida con un estudio del propio Ramírez en el *Atlas* de García Cubas. En este *Atlas* reprodujo otro jeroglífico referente a la peregrinación que fue estudiado también por Ramírez. Así observamos que el tema lo había preocupado desde atrás.

Tenemos noticia que don José Fernando conoció en París y estudió el llamado *Códice peresiano*, que es un códice maya que conserva la Biblioteca Nacional de París. Este estudio lo realizó en 1855. El códice está registrado en el catálogo titulado: *Noticias de los manuscritos mexicanos que se conservan en la Biblioteca Imperial de París*, París, Bibliothèque Nationale, 38 hojas. Este códice lo cita Zimmerman en 1854 y Glass en su catálogo en 1975. Recientemente el gobierno de Chiapas hizo limpia impresión y estudio, junto con otros códices de la cultura maya. Lo publicó también en 1864 la Commission Scientifique du Mexique. No conocemos el estudio de Ramírez.

Con base en los estudios iniciales realizados por el anticuario francés, J. M. Aubin, quien formó en México abundosa colección que llevó a París, y la cual pudo conocer muy bien José Fernando por habérsela franqueado generosamente el coleccionista, pudo realizar amplia lista y hacer dos descripciones de algunas de sus piezas fundamentales. Ellas fueron el que llamaron *Mapa Quinatzin* (*Cuadro histórico de la civilización de Tetzcuco*) y el *Mapa Tlotzin*.

Estos dos mapas o códices estima Ramírez formaban parte de una misma versión de la civilización texcocana y están íntimamente ligados. El *Tlotzin* formaría la primera parte y el *Quinatzin* de alguna manera le resume y continúa.

El *Tlotzin* que es en cierta manera: *Historia de los reyes y de los Estados soberanos de Acolhuacán*, fue ampliamente descrito por Ramírez, aprovechando un fragmento del estudio del señor Aubin: *Mémoire sur la peinture didactique et l'écriture figurative des anciens mexicains*. Ese fragmento se tradujo y se publicó en los *Anales del Museo Nacional*. El estudio de Ramírez también se imprimió en los *Anales del Museo Nacional*, t. III, pp. 304-320, de donde lo reproducimos. Es un trabajo lleno de citas, notas y amplias referencias que muestra el dominio que de la historia antigua tenía.

El *Mapa Quinatzin* cuyo texto e ilustraciones copió Ramírez en París junto con otros códices pertenecientes a la colección Aubin, fue también descrito ampliamente y publicado en los *Anales del Museo Nacional*, t. III, pp. 346-368. De estas piezas escribió el propio Ramírez:

El *Mapa Tlotzin* es, sin disputa la más bella de las pinturas históricas americanas conocidas. Ella no encierra ninguna fecha.

El *Mapa Quinatzin*, inferior por su ejecución, pero de un orden más elevado, puesto que ya es cronológico, no contiene sino dos fechas absolutas; la del establecimiento de la civilización y la de su restauración. Otras indicaciones de la duración de los reinados, o de la vida de dos monarcas, del tiempo transcurrido, etc., aunque preciosas, no ofrecen nada sino superficial e incompleto.

A más de estos mapas, Ramírez copió en París el llamado *Mapa de Tepechpan*, que se publicó en los *Anales del Museo Nacional de México*.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

Grupo más vasto lo forman los estudios de índole puramente histórica que emprendió Ramírez, algunos hechos con hondura y casi exhaustivos y otros meramente de presentación del material y apreciaciones críticas breves. Estos trabajos realizados en diversas épocas son los que siguen, ordenados cronológicamente:

a) *Historia chichimeca y Relaciones históricas* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Mucho tiempo y esfuerzo invirtió en el análisis, estudio y anotación de los escritos tanto de Ixtlilxóchitl como de Alvarado Tezozómoc, nuestros relevantes historiadores indios; sin embargo no pudo ver publicados sus reflexiones en vida. Dejó en torno del primero rigurosas notas que aprovechó Alfredo Chavero para la edición que éste proyectó, apoyado en el trabajo de su maestro.

Ramírez conoció los escritos de Ixtlilxóchitl conservados en el Archivo General de la Nación, en el Ramo de Historia, vol. 4 y 13 y que en copia fueron remitidos por el virrey Revillagigedo para que los estudiara Juan Bautista Muñoz. En el Archivo General apreció su importancia, aquilató su valor e inició su estudio. Más tarde al recibir la magna obra de *lord Kingsborough*, ratificó su importancia y así desde los años 1850 o antes, se propuso estudiarla a fondo y publicarla, estableciendo su división, orden que debía contener y elaborando numerosas notas para su edición. También aprovechó Ramírez una copia de la historia que perteneció a Boturini. Con este bagaje pensó que podía presentar su versión definitiva, mas el azaroso destino no se lo permitió. Correspondió a Alfredo Chavero cristalizar una edición aprovechando los razonamientos y notas de Ramírez.

Chavero editó esa obra con el siguiente título: *Obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, publicados y anotados por Alfredo Chavero, 3 vols., México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891-92, ils.; Chavero mantuvo el orden y disposición que don José Fernando había dado a esa obra, quien agrupó las relaciones de acuerdo con la cronología tomando como principal para la tolteca la *Sumaria relación* y para los tiempos posteriores la *Historia de los señores chichimecas*. La ventaja de este método es notoria y lo he seguido por lo que respecta a las *Relaciones*, las cuales forman el primer tomo de esta publicación. En cuanto a la *Historia chichimeca*, la dividió el señor Ramírez en dos partes, la primera comprende 76 capítulos y es la historia antigua, y la segunda los restantes y trata de la conquista. Chavero incorporó a su edición las notas que había redactado José Fernando Ramírez.

Acerca de la *Historia y Relaciones* de Ixtlilxóchitl, Edmundo O'Gorman, publicó una versión más al día, la cual fue editada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

La *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozómoc, representó también interés

esencial para Ramírez, quien asedió desde diversos planos a este historiador. La amplia crónica de don Hernando despertó desde muy temprano el interés y entusiasmo de José Fernando. Analizó su obra, significado y valor y asentó que era obra clave para la inteligencia de la historia del centro de México. Compulsó su *Crónica* con otras fuentes, pero como en el caso de Ixtlilxóchitl, no tuvo la satisfacción de poder verla impresa con sus observaciones y notas. Después de su muerte, en edición promovida por José María Vigil, en 1878 salió a luz, precedida con un estudio de cronología mexicana realizado por Manuel Orozco y Berra, también discípulo y seguidor de Ramírez.

La *Crónica* fue estudiada por Ramírez antes de 1847, quien la hizo copiar con el fin de publicarla. Varios fragmentos le sirvieron para el trabajo: “Indagaciones relativas a la forma y dimensiones del Templo Mayor de México y a la explicación de dos piedras que se conservan en el Museo”. Al concluirse la copia, Ramírez escribió: “Aquí concluye la obra de Tezozómoc, única auténtica que se conoce de su pluma”. La continuación que ofrece, o no la escribió o se ha perdido, pues el diligente Boturini decía que por más diligencias que hizo, no pudo conseguirla. La copia se ha sacado a la letra: México, noviembre 22 de 1847.

Entre los manuscritos de Ramírez que obran en el museo, se encuentra la copia mandada hacer por él, registrada con los números de volúmenes 528 y 529, con 539 y 612 páginas cada uno. Adjunto llevan unos mapas de Acolhuacán y una litografía de A. Delvaux que trata de representar a Moctezuma. Esos volúmenes llevan el *ex libris* de Ramírez y también el sello de pertenencia de Alfredo Chavero. En una nota que escribe José Fernando Ramírez a Gondra, dice que pasó mucho tiempo copiando la *Crónica mexicana* de Tezozómoc, que gastó dinero en ello y que sólo espera hacer nueva compulsas para darla por terminada. Así podemos ver que su interés en esa obra databa de años atrás y que sus esfuerzos por editarla eran numerosos.

De las obras de Ixtlilxóchitl y de Tezozómoc, al escribir a Gondra en 1850, le informa del interés que a ellas había manifestado y el trabajo realizado, diciéndole de ellas lo siguiente:

Aquí tiene usted tres artículos que me hacen perder algún dinero y mucho trabajo, pues recordará que en esa ciudad hice copiar aquellas obras y que la última la saqué enteramente de mi puño, colacionándola después con los fragmentos que de ella se conservan en el museo. Sólo he ganado algunas notas que se encuentran de Veytia en la *Historia chichimeca* y un texto más con que emprender otra nueva colación, aunque no dudo, que así como todos los otros, estará horriblemente corrompido y desfigurado, pues es copia sacada del mismo original que sirvió a la de la colección de nuestro Archivo General, y autorizada, aunque ciertamente sin verla, por el mismo colector R. Francisco García Figueroa. Estos materiales llenan 468 páginas del tomo.

Como se advierte, el interés por estas obras fundamentales venía a Ramírez de muy atrás. En su estudio, organización y compulsión había invertido tiempo y dinero. Tiempos y contratiempos le impidieron editarlas. Fueron sus albaceas los que aprovecharon su esfuerzo. Así procede la infausta fortuna.

b) *Anales de Cuauhtitlán*. En su afanoso laboreo de búsqueda, estudio y descripción de fuentes históricas, Ramírez halló, hurgando entre los papeles de don Lorenzo Boturini que conservaba el Museo Nacional, interesante manuscrito en forma de anales referente a diversas localidades cercanas a México, destacándose entre ellas Cuauhtitlán, razón por la que denominó a este conjunto *Anales de Cuauhtitlán*, empleando también otro más genérico, el de *Anales antiguos de México y sus contornos*, los cuales con breve introducción imprimió el Museo Nacional en sus *Anales* el año de 1885. Si bien Ramírez escribió su advertencia en 1858, este manuscrito cuya traducción del nahua al español hecha por don Faustino Galicia Chimalpopoca no satisfizo a Ramírez, habría de esperar varios años más para verse editado en tamaño folio a tres columnas, una con el original nahua, la segunda con la versión de don Faustino y una tercera con la versión que se creyó definitiva realizada por Gumersindo Mendoza y Felipe Sánchez Solís. Posteriormente esta importante obra ha sido estudiada e impresa por un buen conocedor. Aquí publicamos la sucinta advertencia de Ramírez.

c) *Códice Ramírez o Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*. Esta obra descubierta por Ramírez en la biblioteca del Convento de San Francisco de la ciudad de México, como él mismo cuenta, representa otro encuentro sensacional de ese gran hurgador. Luego de su hallazgo, copia, colación y un estudio rápido que hizo, el cual aparece como advertencia del libro sin ser un estudio profundo, la obra permaneció entre los papeles de don José Fernando, yendo a parar a su muerte a manos de Alfredo Chavero quien la editó bajo instancias de José María Vigil en la colección que éste animaba bajo el rubro de Biblioteca Mexicana, e impresa en la imprenta y litografía de Ireneo Paz en 1878. Afirma Chavero que él y Manuel Orozco y Berra, acordaron denominar esa obra *Códice Ramírez* en memoria de su descubridor. Chavero regaló con la siguiente dedicatoria el manuscrito a Orozco y Berra: “México, mayo 27 de 1875. A mi querido maestro el señor licenciado don Manuel Orozco y Berra. Al mejor de nuestros historiadores, la mejor de nuestras crónicas”. Don Manuel hizo serio estudio que publicó junto con una cronología mexicana bien elaborada. El *Códice Ramírez* ha sido editado posteriormente. Hace pocos años Editorial Leyenda lo reimprimió con la advertencia de su descubridor y el estudio y cronología de Orozco y Berra.

d) La *Historia de las Indias de Nueva España* de fray Diego Durán. Esta historia escrita por el fraile dominico fray Diego Durán, nacido en Sevilla hacia 1537 y traído por su padre a México aún muy niño, fue obra surgida del interés

que este religioso tuvo por la cultura y el pasado de los indios, como también lo tuvieron Sahagún y otros religiosos. Ocupado fray Diego de la catequización de los indios, recorrió varios pueblos vecinos a Tenochtitlán como Hueyapan, Tetela y otros lejanos situados en Oaxaca y la Mixteca, región evangelizada por su orden. Murió en el Convento de México en 1588 a los 51 años de edad.

Escribió fray Diego varias obras, siendo las principales la *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, redactada entre 1570 y 1581, e integrada por tres tratados, el primero consagrado a estudiar los ritos, el segundo al calendario y el tercero a reseñar la historia política y social de los aztecas, concluido en 1581.

Los tratados vienen complementados por un atlas que contiene diversas ilustraciones realizadas por pintores indígenas.

Esta *Historia*, de acuerdo con la certera opinión de Fernando B. Sandoval quien es el especialista que mejor la ha estudiado, es una obra que tuvo como finalidad servir de ayuda y guía a los misioneros en su difícil tarea de evangelizar a los indios con el fin de que pudieran extirpar las supersticiones, ceremonias y cultos falsos de los falsos dioses que adoraban. Es una obra realizada con una idea pragmática de la historia, y sostiene una interpretación providencialista. En rigor, concluye nuestro amigo Sandoval, todo el sentido misional del siglo XVI en la Nueva España se destaca en la *Historia de las Indias*.

La *Historia* de Durán de acuerdo con las indagaciones de Fernando Sandoval dio pie a la elaboración de la *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España*, escrita por el padre Juan de Tobar escrita entre los años 1582 y 1583, esto es, después que Durán hubo terminado su *Historia*. Es de acuerdo con Sandoval: “la primera historia política y social de los aztecas que ha llegado hasta nosotros y que, junto con la historia de Sahagún, que es una obra etnográfica, debe tomarse como uno de los documentos más serios y verdaderos que tenemos para reconstruir la historia antigua de los mexicanos”.

El manuscrito de Durán permaneció algún tiempo en su convento en donde lo consultó el padre Tobar; más tarde con otros documentos se le llevó a España e integró un lote que poseía el cronista de Indias Tomás Mayo de Vargas en 1635-1642, lote que pasó a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

José Fernando Ramírez debió tener noticia de ella a través de las menciones de Antonio de León Pinelo en su *Epítome*. Motivado por esa noticia y a través de diversos contactos, obtuvo noticias que le proporcionó el obsecuente bibliotecario don Francisco González de Vera. Una vez identificada la obra Ramírez solicitó una copia debidamente compulsada la que estudió y se apresuró a publicar.

Desgraciadamente la obra que se distribuyó en tres volúmenes, incluyendo el atlas no pudo ser editada en su integridad. En 1867 apareció sólo el primer volumen con la advertencia de Ramírez. Los otros dos vieron la luz

en 1880, después de la muerte de José Fernando. Fueron impresos en la Imprenta de J. M. Andrade y Escalante en México entre 1867 y 1880. Del manuscrito escribió Alfredo Chavero una nota que dice:

El manuscrito del padre Durán quedó depositado con otros papeles del museo cuando ocurrió la caída del imperio, en una de las bodegas del Colegio de Minería. Más tarde me lo comunicó el señor Orozco y Berra y poniéndome de acuerdo con el señor don Ramón I. Alcaraz, conservador entonces del museo procedí a su extracción. El manuscrito fue lujosamente empastado; y hoy le ha cabido la honra de completar su publicación al señor Gumersindo Mendoza actual conservador del museo, secundado con el mayor empeño por los señores Tagle y Mariscal, que sucesivamente han ocupado el Ministerio de Justicia.

La impresión del volumen segundo y el atlas fue como señalamos realizada con posterioridad a la muerte de Ramírez. Gumersindo Mendoza, quien había sido empleado por Ramírez en algunas traducciones, no dijo una sola palabra que indicara que el hallazgo de esa obra había sido hecha por don José Fernando, quien escribió la advertencia del primer volumen. Así es de ingrata la humanidad.

La *Relación del origen de los indios* del padre Tobar quien siguió muy de cerca la *Historia* del padre Durán, aprovechó un manuscrito que es en todo similar al *Códice Ramírez* que ya hemos mencionado. Sandoval analizó certeramente esas relaciones.

Reproducimos su introducción de la edición siguiente: *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme* por el padre fray Diego Durán, religioso de la Orden de Predicadores (escritor del siglo XVI). La publica con un atlas de estampa, notas e ilustraciones José F. Ramírez, 2 vol., México, Editora Nacional, 1951, p. III-XVI.

ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS

Ramírez, poseedor de amplio saber e interesado por estudiar a muy diversas civilizaciones, reconoció la importancia que las lenguas tienen en toda cultura. Estuvo consciente de que ellas son el sustento y fundamento de aquéllas, la llave de expresión de su pensamiento, de su conocimiento. De ahí el interés que manifestó hacia la lingüística, disciplina en la que hizo aportes fundamentales. Ávido lector de los desarrollos que bajo signos positivos se hacían en el cultivo de las lenguas en su época, trató de penetrar en el estudio histórico de las naciones precolombinas a través del conocimiento de su idioma. Dedicó a esa disciplina amplia y cuidadosa labor y dejó en torno de las lenguas indígenas estudios muy valederos. Nuestra intención en este apartado es

sólo mencionar la naturaleza de estos estudios, mismos que no transcribiremos ni siquiera parcialmente, pues constituyen trabajos de índole puramente lingüística y no histórica.

El interés por el trabajo lingüístico comparativo surge en Ramírez de muy atrás. El año de 1855, estando en Guanajuato en donde sufrió uno de sus primeros exilios políticos, éste provocado por Santa Anna, para hacer más llevadera su estancia en esa ciudad, acudía a la biblioteca del Antiguo Colegio de la Compañía en la que encontró diversas obras lingüísticas que le interesaron.

De esa estancia y de sus hallazgos, dejó unas páginas que nos explican su tarea en ese sentido. Estas páginas manuscritas que transcribimos, esclarecen muy bien sus intereses y labor. Constituyen una advertencia muy clara en torno de ella. Esta advertencia se encuentra entre muchos escritos manuscritos que paran en el Archivo Histórico del Museo Nacional y dice:

Advertencia: las páginas que siguen constituyen el extracto y traducción de tres artículos sacados del tomo 2º de la *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'Empire de la Chine, et de la Tartarie chinoise*, escrita por el P.J. B. du Halde, París, 1735, 4 vol., gr. en fol. La conformidad que a primera vista noté entre las formas gramaticales de aquella lengua y las de la mexicana me inspiraron la idea expresada en el título que doy a este cuaderno. La movilidad y desazones del destierro que sufrí, sólo me permitían copiar aproximadamente esas páginas; y esto gracias al favor del señor don Pablo de Torrescano, secretario del Gobierno del Departamento, y a la bondadosa correspondencia del señor licenciado don... rector de su colegio que me permitieron extraer el libro de su biblioteca, para desempeñar más cómodamente mi tarea. Su complemento, es decir el paralelo con la lengua mexicana, queda reservado para cuando pueda asentar el pie en alguna parte.

La obra está distribuida en las dos partes que naturalmente la forman. La 1ª contiene las nociones elementales de la lengua china, que por decir así sirven de tipos o términos de su composición. La 2ª se compone de las nociones relativas de la lengua mexicana y en las cuales, siguiendo paso a paso las otras, se van notando sus puntos de acuerdo. Con tal intento se ha dado a ambas la misma distribución y ordenación, de manera que las subdivisiones de la una corresponden, según sus números a las de la otra.

E. P. du Halde repartió su obra en artículos, más como no les dio su numeración, tampoco pueden citárseles con la precisión que convendría. Esta deficiencia solamente puede suplirse con la cita de sus epígrafes. Los del original que allí se extractan o copian son los siguientes:

1. *De la langue chinoise* (Du Halde, pp. 224-29).
2. *De la prononciation chinoise, et de l'orthographe des mots en caractères d'Europe* (Du Halde, pp. 230-33).
3. *Abregé de la grammaire chinoise* (Du Halde, pp. 233-38). Siguen varias

páginas de este manuscrito que está en la sección de manuscritos del museo, consagradas al estudio de diversos caracteres chinos que se trató de comparar con los egipcios, sin que éstos aparezcan y que ocupan las páginas 51-52. Siguen: *China, costumbres*, que es un resumen hecho por Ramírez.

4. *Elements de la grammaire chinoise ou principes generaux du Kou Wen, ou style antique, et de Kouan-Loa, c'est à dire de la langue commune generalement usitée dans l'Empire chinois par M. Abel Remusat* y algunos extractos u observaciones gramaticales del propio Ramírez.

5. *Introductio ad systema phoneticum scripture sinice.*

6. *Pa-Koa* (los ocho signos suspendidos u ocho trigramas).

7. El *Y-king*.

8. El *Lo-Chau*.

Estas notas se refieren a su hallazgo hecho en Guanajuato el 23 de febrero de 1855. Están ligadas a sus intereses por la cultura china, de los cuales deriva su: *Investigación sobre el país de Fou-Sang, mencionado en los libros chinos y tomado equivocadamente por una parte de América*. Se refiere en el trabajo del académico francés Deguignes, leído en la Academia de Inscripciones y de Bellas Letras (vol. 20 de las *Memorias*).

Además, podemos mencionar los estudios que siguen:

Un primer trabajo es el intitulado: *Estudio sobre las partículas nahuas*. Este estudio fue publicado *post mortem*, por Alfredo Chavero en los *Anales del Museo Nacional de México*, 1903, t. VII, pp. 195-336, 390, 417 y 452. Una nota situada al inicio, firmada por Alfredo Chavero, indica el tema, su contenido e importancia y es la siguiente:

El señor Ramírez empastó con su ejemplar del *Compendio del arte de la lengua mexicana* del padre Horacio Carochi, varias hojas en blanco, en las cuales de su puño y letra, escribió en orden alfabético sus apuntes sobre las partículas nahuas. Además de este trabajo, hizo separadamente otro sobre la misma materia, el cual conservó también, e igualmente está escrito de su mano. No necesito encarecer la importancia de su publicación. Para ésta me ha parecido conveniente reunir los dos estudios en un solo cuerpo de doctrina, poniendo primero la parte correspondiente al trabajo unido a la gramática de Carochi y después la del otro. Para distinguirlos van separados por rayas. *Alfredo Chavero*.

Este trabajo ha sido reeditado posteriormente con el siguiente título: *Las partículas nahuas. Estudio basado en la gramática de Horacio Carochi, Arte de la lengua mexicana*, por José Fernando Ramírez, México, Editorial Carrasco, 1988, 114 p.

Encontramos otra impresión contenida en 325 p. anterior a ésta y no contiene editor ni impresor ni fecha.

Otras muestras de su interés por las lenguas indígenas se revelan al revisar

los apuntamientos contenidos en sus *Opúsculos históricos* que se hallan en la sección de manuscritos del Museo Nacional y son las siguientes:

En el vol. XII, de 448 páginas, tenemos:

9. Lista de lenguas que se hablan en Aguascalientes, Yucatán, Colima, Territorio de Tlaxcala, pp. 259-265.

10. Lenguas que se hablan en el estado de Chiapas, pp. 297-303.

11. Lenguas que se hablan en el estado de Puebla, con la mención de los lugares en donde se hablan, pp. 317-332.

En el vol. XIII de los *Opúsculos* tenemos otra obra que interesa a Ramírez: *Arte breve de la lengua otomí*, compuesta por el padre fray Alonso Urbano, del año de 1605, pp. 157-160.

En el vol. XVII encontramos:

12. Notas relativas a diversos conceptos nahuas, entre otros: *Tlaloc, Tlalocan, Tlaloque, Tlaloca-Tecubtli, Tlalotlamacazqui, Uitznahuac, Uitztilampa, Tezca-tlipoca, Tula* y otros relativos a divinidades, personas y lugares, de acuerdo con las fuentes que a ellos se refieren, pp. 437-515.

13. Etimología de México. Son notas relativas a su significado apoyadas en diversas fuentes, pp. 517-527. En la p. 533 hay una nota sobre el concepto *chinampas*.

En el vol. XX, de 442 p., hay dos disertaciones sobre la etimología de Tlaxcala.

Del mismo género es el trabajo que sí incorporamos en el volumen segundo por razones de época: *California y lenguas que se hablan en Sinaloa, Sonora y California*.

Poseedor de selectísima biblioteca y de notable colección de manuscritos, don José Fernando contaba con un ejemplar de la *Gramática* de fray Andrés de Olmos que mucho apreciaba. Durante su viaje a Europa en la colección del señor Aubin, encontró otro ejemplar que le sirvió para hacer unas adiciones a su ejemplar, pues trataba de estudiarlo y editarlo.

Es indudable que el estudio riguroso y sistemático de la historia antigua de México, se inició con los trabajos de José Fernando Ramírez y su discípulo, seguidor y amigo Manuel Orozco y Berra. Alfredo Chavero, hombre conocedor y justo en sus expresiones, y además beneficiario de ambos personajes, de sus bibliotecas, de sus conocimientos y amistad, escribió en la magna obra en la que colaboró y para la cual redactó el tomo referente a la historia prehispánica, en *México a través de los siglos*, que “la historia de México sufrió una profunda transformación y nuevos enfoques y se tornó una auténtica disciplina científica, gracias a la labor de José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra”, y al final de esa advertencia que ya hemos glosado, añadiría con estricta justicia: “El señor Ramírez no escribió una historia de México, y sin embargo es el primero de nuestros historiadores”.

Esta afirmación no es gratuita, la avala la enorme labor investigadora rea-



lizada, su enorme aportación historiográfica plena de razonamientos luminosos, precisos, recios que la dotan de inapreciable valor.

Sirva el material que presentamos, que sólo es parte de un todo rotundo y esclarecedor, para apoyar los anteriores razonamientos que otorgan a José Fernando Ramírez el rango de iniciador de los modernos estudios en torno de la historia precolombina o si se le quiere llamar mejor, prehispánica de México.

Después de estas someras explicaciones, a continuación reproducimos algunos de los estudios fundamentales que consagró José Fernando Ramírez a la cultura e historia del México antiguo. Para el buen entendimiento y comprensión, los presentamos con la ortografía actual. La fuente de que proceden ya va en estas páginas introductorias.

E. T. V.

